



[Mensaje de la UNEAC a escritores, artistas y académicos estadounidenses/ UNEAC](#)

[Donald Trump en Miami/ Jesús Arboleya](#)

[Los vientos de Trump hacia Cuba. Notas en una servilleta / Rafael Hernández](#)

[El pésimo talk show de Trump/ Lázaro Barredo](#)

[El desfasaje de Trump/ Hassán Pérez](#)

[Trump: manotazo de ahogado en el Caribe /Atilio Borón](#)

[Venezuela, aparta de mí este cáliz/ Enrique Ubieta Gómez](#)

Mensaje de la UNEAC a escritores, artistas y académicos estadounidenses

Nosotros, artistas y escritores cubanos, nos dirigimos a ustedes a partir del insólito cambio de política hacia nuestro país hecho público en Miami el pasado 16 de junio por el Presidente de los Estados Unidos.

En un discurso anticuado, obsoleto, cargado de falsedades y estereotipos que responden a la lógica de la Guerra Fría, se pronunció por abolir los pasos positivos que se dieron en la administración anterior. Sus palabras estuvieron dirigidas en particular a un auditorio que no representa a la mayoría de la emigración cubana y ha estado asociado al terrorismo contra Cuba y otros países de la región.

Aspiramos a seguir trabajando juntos para construir en el campo cultural una relación fecunda y sobre bases de igualdad, que favorezca el mutuo enriquecimiento espiritual de ambas naciones. En la tradición ética y martiana de nuestro pueblo no ha habido ni habrá espacio para el odio. Es más necesaria que nunca ahora la denuncia de esta nueva política y del brutal bloqueo que hemos padecido durante casi sesenta años.

Reciban nuestro sincero y eterno agradecimiento.

Miguel Barnet, poeta y escritor; Digna Guerra, directora coral; Luis Morlote, realizador audiovisual; Pedro de la Hoz, crítico y periodista; Arístides Hernández (Ares), artista plástico; Alex Pausides, poeta; Lesbia Vent Dumois, artista plástica; Rolando Núñez, actor; Guido López Gavilán, compositor y director de orquesta; Rosalía Arnaez, locutora y promotora cultural; Nieves Laferté, diseñadora escénica; Margarita Ruiz, curadora.

Secretariado de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba

[Ir Arriba](#)

Donald Trump en Miami

Jesús Arboleya

LA HABANA. De nuevo un presidente norteamericano se aparece en Miami prometiendo la caída del régimen cubano. A lo largo de este medio siglo ha ocurrido lo mismo por diversas causas y objetivos: mostrarse duro frente al comunismo durante la Guerra Fría, obtener el voto de la comunidad cubanoamericana o incluso, como ahora, comprar la colaboración de un par de

congresistas, ante las amenazas que vienen de todas partes contra la administración de Donald Trump.

La diferencia es que ahora esta retórica no asegura el voto cubanoamericano, hace rato terminó la Guerra Fría y el apoyo de esos congresistas puede ser extremadamente tóxico.

El discurso de Trump se puso viejo, tan viejo como el “exilio histórico” que rindió culto a su enfermiza megalomanía. Más de un comentarista lo calificó como un acto grotesco y otros dijeron que era cínico. Por suerte, fueron tan torpes que se les olvidó colocar una bandera cubana y el himno que se escuchó fue el de Estados Unidos.

Según *The New York Times*, lo mejor de la política anunciada es que no es tan mala como pudo haber sido. Yo creo que fue tan mala como se lo permitieron las circunstancias y, si no es peor, se debe a que no estaban en capacidad de hacerlo. Esa es la esencia del escenario que estamos viviendo y lo que debemos tener en cuenta para analizar la tendencia de cara al futuro.

A pesar de que se supone que responde a los reclamos de la comunidad cubanoamericana, ninguna de las medidas adoptadas, afectan las relaciones de esta comunidad con Cuba. La razón es que los políticos miamenses saben el costo que tendría actuar contra la voluntad mayoritaria de esta población y tienen miedo, lo que indica el deterioro de una fuerza que antes se imponía sin miramientos.

Resultaba insostenible, de cara a la sociedad norteamericana y el resto del mundo, romper las relaciones diplomáticas restablecidas o cancelar los acuerdos de mutuo interés firmados entre los dos países. Ni siquiera Trump se decidió a afectar los negocios ya establecidos y las limitaciones impuestas se reducen a prohibir acuerdos con las empresas militares cubanas en el futuro.

El único daño sustantivo fue limitar, una vez más, el derecho de los norteamericanos a viajar a Cuba. El bloqueo impide que lo hagan en calidad de turistas, pero están establecidas doce categorías relacionadas con intereses culturales e informativos y existen licencias generales para viajar bajo estas condiciones.

Estas categorías se mantienen, pero se eliminó la licencia general para los llamados “contactos pueblo a pueblo” y solo se autorizarán viajes en grupo, con una agenda preestablecida, un guía responsable de hacer cumplir con las regulaciones y mecanismos de auditoría, que obligan a justificar cada gasto en Cuba y guardar la documentación durante cinco años. El objetivo es limitar el flujo de viajeros norteamericanos a Cuba, cuya cifra se ha duplicado desde que Obama eliminó estas mismas restricciones al final de su mandato.

Vale la pena analizar el restablecimiento de esta medida para comprender la filosofía que orienta la política hacia Cuba y las enormes contradicciones que entraña para el propio discurso político norteamericano:

Cuba es el único país del mundo al que los norteamericanos no pueden viajar con entera libertad. Estaba prohibido desde la época de Kennedy, Carter eliminó esta prohibición, pero Reagan volvió a

restablecerla y finalmente los congresistas cubanoamericanos lograron colocarla como un apéndice a la ley Helms-Burton, que otorgó categoría legal al bloqueo contra Cuba.

Esta restricción se contradice con la teoría de que el contacto pueblo a pueblo es una vía de influencia sobre Cuba, toda vez que bastaría el encuentro con los norteamericanos, para que los cubanos caigan rendidos ante la fascinación que despierta esa sociedad. Así lo expresa la ley Torricelli, igual emitida para derrocar al régimen cubano, pero evidentemente la derecha cubanoamericana no se cree este cuento y siempre ha tratado de limitar el contacto entre los dos países.

Los viajes de norteamericanos son una de las fuentes básicas de crecimiento del sector privado cubano. Estudios norteamericanos indican que la mayoría de estos viajeros se hospedan en casas privadas, asisten a restaurantes privados y utilizan medios de transporte privados, durante sus estancias en Cuba.

Varias razones explican esta preferencia. En primer lugar, es más *chic*. En segundo lugar, es más barato y, por último, porque al estar prohibido el turismo, los norteamericanos no pueden acogerse a los planes de “todo incluido”, bastante extendidos en la red hotelera cubana, especialmente en las playas.

Limitar los viajes de estas personas afecta al sector que precisamente el gobierno norteamericano y la derecha cubanoamericana dice querer beneficiar, toda vez que lo considera un “agente de cambio” por excelencia del régimen cubano. La realidad es que esto es mentira, la derecha cubanoamericana no quiere beneficiar a nadie en Cuba ni aboga por el “tránsito gradual y pacífico”, su apuesta es promover el caos, para establecerse como fuerza dominante del país, bajo la tutela de Estados Unidos.

Lo ocurrido en Miami es un paso atrás en el proceso hacia la normalización de las relaciones entre los dos países, pero no ha podido modificar su sentido estratégico y no será una panacea para Donald Trump defender esta política hacia lo interno de la sociedad norteamericana y en la arena internacional. Más bien, quizás ayude para fortalecer la lucha contra el bloqueo en el Congreso y resulte contraproducente para la derecha cubanoamericana en las próximas elecciones parciales de 2018.

A Cuba la perjudica, porque al país le conviene tener una relación civilizada y mutuamente conveniente con Estados Unidos, pero tampoco el espectáculo miamense transforma de manera dramática el escenario nacional y sus relaciones con el resto del mundo. Otras son las prioridades del país.

Si para algo sirvió el discurso de Trump fue para unir más a los cubanos. No conozco a nadie a quien el tipo le resultara simpático, la mayoría sintió que la política de Miami no puede ser el futuro de Cuba y ya nadie discute sobre la manera de enfrentar la política norteamericana, como ocurría con Obama.

(Tomado de Progreso Semanal)



Los vientos de Trump hacia Cuba. Notas en una servilleta

Rafael Hernández

La nueva política de Trump hacia Cuba ha tenido más pronósticos que una perturbación en el Caribe.

Muchos se espantaban porque sus vientos recurvaran, volviendo al 16 de diciembre de 2014, y arrasaran los acuerdos con Obama. Los furiosos de Miami anunciaban una ola que nos devolvería a la era del hielo de G. W. Bush, y a la lista negra de países terroristas. La mayoría de los comentaristas del clima político se repartían entre pesimistas y muy pesimistas.

Para minorías como la mía, que Trump pudiera anular la directiva de Obama y prohibir licencias comerciales con empresas del GAE, además de seguir con su bulla sobre derechos humanos y libertades, estaba cantado. Resultaba improbable, sin embargo, que, por sus propios intereses, trancara la cooperación en seguridad nacional, los viajes o licencias, como las otorgadas a aerolíneas comerciales, y otras más.

Ahora que la perturbación salió del mar y entró en tierra, podemos medir hasta dónde penetró el agua. En materia de visitas, se ha retrocedido, pero no a 2014, sino a 2015-2016, cuando para venir *people to people* había que hacerlo en grupo. Las empresas de las FAR y el MININT fueron puestas en una lista negra. Se anuló aquel documento de Obama "Directiva presidencial hacia Cuba". Sobre derechos humanos y bloqueo, estamos donde ya sabíamos.

La mayoría de los veintidós acuerdos firmados sigue en pie. Ninguna cooperación en seguridad, embajadas, reglas para remesas, viajes sin cantidad límite a cubanoamericanos y americanos, fin de pies secos-pies mojados, conversaciones sobre migración, medio ambiente, y otros temas, licencias para comerciar con sector no estatal cubano, intercambios académicos y culturales — nada de eso alcanzado con Obama ha sido destruido.

A pesar de su efecto negativo, el ruido de esta ventolera ha sido (y es) mayor que el daño real. Las razones por las que se seguirá oyendo son varias. En Miami, los furiosos la exhiben como galón en la manga, pues aunque no alcanzaron ninguna de sus metas, para sus fines locales el acto presidencial sirvió. Al gobierno cubano le permitió actualizar posición ante esta presidencia, usando por cierto un gotero muy calibrado: rechazamos, pero no nos peleamos, seguimos dispuestos a negociar. A nuestros amigos, les propició reiterar su permanente solidaridad. A los cubanos les recordó aquella otra cara de los Estados Unidos que no es la de un mulato sonriente. A nuestros no

enemigos, *partners*, etc., los hizo sacudir la cabeza ante otra torpeza de este presidente, aunque no fuera la peor de todas.

Es muy temprano, quizás, para detallar daños. Si bien la marea no alcanzó los pronósticos, todavía hay incertidumbre sobre licencias para telecomunicaciones u hoteles, pruebas conjuntas a vacunas del cáncer, usos del dólar, tarjetas de crédito... Por otra parte, sin embargo, ni el *freedom to travel* ni el *free trade* se fueron al fondo del mar. El Congreso y la Corte Suprema pueden soltar cabos que los refloten. Como siempre, los intereses generan vientos políticos, que no dejan de soplar, aun detrás de un ciclón.

(Tomado de la página web de la Revista Temas)

[Ir Arriba](#)



El pésimo talk show de Trump

Lázaro Barredo

El presidente Donald Trump acudió a Miami no solo para pronunciar un discurso cargado de una ofensiva y anticuada retórica, sino también para escenificar un pésimo *talk show* (espectáculo hablado) lleno de situaciones falsas, con historias inventadas y, por supuesto, con público actuado que lo hizo sentirse cómodo con las alabanzas, porque allí estaba la flor y nata de una mafia que necesitaba este reciclaje parturiente para volver a tener a la mano la llave de la industria anticubana.

Trump no sabe lo que ha hecho. Como muchos expertos aseguran no conoce bien con qué tipo de individuos está tratando. Ha dejado que como dañinas sanguijuelas se peguen a su organismo y le provoquen una bacteriemia. El teatro que lleva el nombre de Artime, un connotado mercenario y terrorista, estaba lleno de gente frustrada que buscan desesperadamente la confrontación entre los dos países en beneficio de sus intereses particulares.

Este acto ha mostrado que Trump ha sido engatusado y engañado por estos vividores. Lo primero es que le han metido el cuento de que está en deuda con la comunidad cubana por haber ganado Florida. Sus asesores deberían analizar y explicarle cómo se manifestó el voto de los americanos de origen cubano en dichas elecciones, donde Hillary Clinton recibió la mayoría de los votos de dicha comunidad.

Luego como si fuera un episodio de humorismo, vinieron las menciones de las historias inventadas, mezcla de ficción y melodrama.

Más de una sonrisa sarcástica debe haber causado la teatralidad de llamar “heroicos” a los mercenarios de la Brigada 2506, que se rindieron en menos de 72 horas a las fuerzas revolucionarias. En la conformación de la brigada se incluían 110 latifundistas, 24 grandes propietarios, 67 casatenientes, 112 grandes comerciantes, 194 ex militares y esbirros, 179 acomodados, 55 magnates industriales, entre otros, que luego dijeron que fueron embarcados, amén de que no pocos declararon que vinieron de “cocineros”.

Falsedad e invención

Fue “dramática” la narración de la vida de Cary Ro-que, la señora que con tanta efusividad saludó y abrazó el señor Trump. Roque ha vivido del cuento en Miami (que me perdonen nuestros humoristas) victimizada cuando fue un lobezo disfrazada de ovejita, porque en realidad cumplió privación de libertad tras dedicarse en los primeros tiempos de la Revolución a la acción contrarrevolucionaria del sabotaje y apoyo a las criminales bandas de alzados que tanto terror causaron.

Luego vino el espectáculo del violinista desafinado Luis Haza. Hizo la fábula del niño obligado a tocar para los dirigentes de la Revolución, tal y como hizo su padre, quien en realidad fue el repugnante criminal comandante de la policía batistiana, Bonifacio Haza Gross, quien se dedicó en Santiago de Cuba a desarrollar los métodos de aplicación de la tortura policial y el asesinato masivo –entre ellos la participación en el asesinato de Frank País–, y luego cuando el Ejército Rebelde entró gloriosamente a esa ciudad, tuvo el descaro de ponerse un brazalete del 26 de Julio para tratar de engañar y eludir sus crímenes.

Varios comentarios han señalado como prueba de que Trump ha sido engañado la mención a una amalgama de hechos que en vez de beneficiar a Estados Unidos, lo denigra, como la Operación Peter Pan, organizada por la CIA que separó a más de 48 000 pequeños de sus padres bajo el supuesto argumento de que la Revolución quitaría la patria potestad. Esa manipulación es repudiada por la mayoría de los que llegaron forzados a Estados Unidos. Muchos de ellos siendo adultos han regresado a Cuba y mantienen contacto con su país.

Igual la mención a las avionetas de Hermanos al Rescate, cuya responsabilidad cae por entero en la Administración norteamericana de entonces que, por complacencia a ese pequeño número de gente que tiene una línea dura en Miami permitió la escalada de violaciones y no impidió tales provocaciones, que desembocaron en los trágicos acontecimientos del 24 de febrero de 1996. Seguramente debe haberse estado pavoneando de esa mención de Trump el mercenario de Playa Girón, José Basulto, quien llevó conscientemente a sus compañeros a la muerte para lograr el propósito que con tanta rimbombancia anunció ante la prensa de que la solución al problema cubano era lograr un “Maine volante o aéreo” para promover una reacción norteamericana capaz de desencadenar una acción militar directa contra Cuba.

Era de esperar el recordatorio de Trump a los mercenarios en Cuba, cuya mayoría desde luego respalda esa nueva beligerancia o se quedan sin el dinero que reciben a cambio de sus posturas

políticas y actividades afines. Cualquiera que siga la ruta del dinero que sale del contribuyente norteamericanos para estos propósitos, podrá comprobar cómo se ha denunciado en los propios Estados Unidos, que mucha gente de Miami sentada ante el presidente en el teatro Artime son beneficiarios de esos presupuestos.

Chenche por chenche

Pero lo más patético son las actuaciones del senador Marco Rubio y el representante Mario Díaz-Balart, quienes han sido denunciados de canjear la integridad de Estados Unidos por un cambio de política hacia Cuba. Dicho en buen cubano: “chenche por chenche” (*change for change*).

Rubio calificó a Trump de “estafador” cuando los dos se estaban postulando a la nominación republicana, y luego prometió que sería el senador que podría necesitarse para contrarrestar los poderes excesivos del Presidente, pero evidentemente el asunto Cuba se convirtió en esencial en sus aspiraciones políticas para obtener el respaldo político de la derecha política estadounidense más recalcitrante y el apoyo financiero de los contribuyentes de la mafia de Miami y el soporte de los lobbys anticubanos.

Se dice lleva meses negociando con la Casa Blanca las medidas contra Cuba a cambio de apoyo, dada su pertenencia al Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Además preside del Subcomité para el Hemisferio Occidental y está en la Comisión de Inteligencia que investiga la posible interferencia rusa en las elecciones y si existen lazos con la campaña de Trump.

Los críticos de Rubio lo acusaron a principios de mes de proteger a Trump en la comparecencia del ex jefe del FBI James Comey. Dos noches antes, Rubio había cenado con el presidente en la Casa Blanca.

Según comentaron los analistas, antes de la inter-vención de Rubio, el testimonio de parte del exdirector del FBI James Comey se había demostrado cada vez más condenatorio con respecto al presidente Trump. Obstrucción de justicia fue algo que venía fácilmente de todo lo abordado en la audiencia senatorial..., hasta que llegó el turno a Rubio de hacerle preguntas a Comey.

Fueron interpelaciones retóricas que ponían en duda las revelaciones de Comey. Rubio cambió la atención y consiguió que Comey admitiera en público que el presidente Trump “no se encontraba personalmente bajo investigación”.

En tanto, Mario Díaz-Balart tras bambalinas aceptó el cortejo de la Casa Blanca para que votara a favor de una nueva iniciativa de ley para sustituir *Obamacare*, pero buscando seguridades de que Trump cumpliera su promesa de revisar la política de Obama sobre Cuba.

Durante la controversial votación de la ley de atención médica, Díaz-Balart fue secundado por el congresista Carlos Curbelo, quienes en un criticado conflicto de intereses, votaron en contra de la salud de sus electores para apoyar a Trump y conseguir abolir la política hacia Cuba de Obama, que es una de sus prioridades, y también su gran negocio personal.

Reacción mayoritaria contra el anuncio

La nueva relación entre EE.UU. y Cuba ha funcionado durante más de dos años, y los beneficios son obvios. Eso se aprecia no solo en el torrente de importantes personalidades políticas e instituciones de diversas partes del mundo que critican el anuncio realizado por el presidente Donald Trump, sino también la concertación de fuerzas en desacuerdo hacia el interior de Estados Unidos

Según analistas políticos, esta decisión atenta contra la política de Trump de “Estados Unidos Primero” (*America First*), pues sus medidas contra la isla perjudican también al país norteamericano. Incluso, a una cuadra del teatro Artime hubo manifestaciones contra el fallo del mandatario y por altavoces se declaraba que la mayoría de los cubanos residentes en esa comunidad está en contra del bloqueo.

Analistas políticos y económicos, senadores demócratas y republicanos, productores agrícolas y organizaciones de defensa de los derechos humanos consideran que esa vía no servirá para avanzar en ellos en Cuba, mientras el Proyecto de Seguridad de Estados Unidos (ASP, por sus siglas en inglés), un grupo de pensamiento no partidista manifestó en su página digital que el acercamiento entre ambos países ha sido una gran lección de cómo la diplomacia eficaz puede construir la seguridad nacional en el siglo XXI, a la vez que destacó que en los últimos dos años se han logrado progresos sustanciales en estos y otros ámbitos, con 22 acuerdos bilaterales y una coordinación práctica con el ejército estadounidense y otros organismos.

El tema de la seguridad nacional también se abordó en un documento que enviaron al mandatario, previo a su anuncio en Miami, siete congresistas republicanos, quienes advirtieron que revertir el proceso pondría en peligro esfuerzos para combatir la trata de personas, el tráfico ilícito de drogas, el cibercrimen y la identificación del fraude.

Dentro de los numerosos senadores que se han manifestado contrarios, sobresalen el demócrata Mark R. Warner, vicepresidente del Comité de Inteligencia de la Cámara alta, quien sostuvo que revertir el progreso en las relaciones bilaterales envía un mensaje equivocado al mundo sobre el liderazgo norteamericano.

A su vez, el influyente senador Patrick Leahy manifestó que muchos años después del final de la Guerra Fría Washington continúa imponiendo sanciones punitivas contra Cuba, “una pequeña isla vecina que no representa ninguna amenaza para nosotros”.

Otro senador republicano, Jeff Flake, estimó que cualquier cambio de política que disminuya la capacidad de los estadounidenses para viajar libremente a Cuba no es en el mejor interés de los norteamericanos ni de los habitantes de la isla. “Ya es hora de que la dirección del Senado finalmente permita votar mi proyecto bipartidista para levantar completamente estas restricciones arcaicas que no existen para los viajes de los estadounidenses a cualquier otro país del mundo”, instó.

La Ley de Libertad para Viajar a Cuba había sido presentada en 2015 por ocho legisladores republicanos y demócratas, pero nunca llegó a votarse en la sala. El más reciente intento cuenta

con 55 promotores. Flake está convencido de que se aprobaría en la Cámara alta, de 100 escaños, con el apoyo de más de 70 miembros.

Entre otras voces que se dirigieron recientemente al jefe de la Casa Blanca estuvieron las de más de 40 compañías y asociaciones que lo instaron a mantener y ampliar la expansión de viajes a la isla, mientras desde la coalición *Engage Cuba* un comunicado de James Williams, el presidente del grupo de compañías, organizaciones y líderes locales estadounidenses que promueve el fin del bloqueo, expresó que “es una locura la idea de que, después de 55 años de fracaso, volver a una política aislacionista producirá resultados”.

El comunicado consideró contradictorio, además, que Trump manifieste el deseo de apoyar al sector privado de la isla y tome decisiones como las de impedir los viajes individuales a Cuba, pues por lo general las casas particulares no pueden acomodar grandes grupos de viajeros.

Igualmente, el vicepresidente de políticas y campañas de Oxfam en Estados Unidos, Paul O'Brien, señaló en otro comunicado que la decisión de Trump ‘es un ejemplo preocupante’ de las cada vez más numerosas políticas que promueven el aislacionismo general del país norteamericano. “Trump solo aislará a Estados Unidos de relaciones interamericanas más fuertes, que beneficiarían a toda la población de nuestro continente”, agregó.

Trump declaró que respetaba la soberanía cubana, algo que para muchos analistas constituye una ridícula hipocresía, pero la Declaración del Gobierno Revolucionario es clara: no aceptaremos condicionamientos de ningún tipo, afrontaremos esta nueva agresión y seguiremos persuadidos de que es posible, con sentido común, tener entendimiento y alcanzar una mejor relación entre vecinos.

(Tomado de Cubadebate)

[Ir arriba](#)



El desfasaje de Trump

Hassan Pérez Casabona*

El viernes 16 de junio Donald Trump mostró su verdadero rostro sobre el tema de las relaciones con Cuba. Si bien a lo largo de la campaña, y a través de diferentes *twitters* una vez instalado en el Despacho Oval, brindó señales de hacia dónde podría inclinarse fue en el podio del teatro Manuel Artimes de Miami donde sacó a relucir sus entrañas sobre el tema.

Esa tarde echó por la borda cualquier “beneficio de la duda” que muchos le otorgaron, al tiempo que reveló su incapacidad para comprender las esencias de un asunto sobre el que existe cada vez mayor consenso, a nivel global, acerca de la pertinencia de los pasos dados desde el 17 de diciembre del 2014, entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos.

Trump, sin pudor alguno, se explayó contra el gobierno cubano. Estuvo flanqueado por lo más retrógrado de los sectores anticubanos asentados en el sur de la Florida, una parte de ellos connotados terroristas vinculados a la CIA y a otras entidades de inteligencia, y por políticos que representan las mezquindades de esos grupúsculos cada vez más desprestigiados, como el senador Marco Rubio y el congresista Mario Díaz-Balart.

La reversión de la Directiva Presidencial adoptada por Barack Obama el 14 de octubre del 2016 y algunas de las decisiones ejecutivas impulsadas por este desentonó con los reclamos de la inmensa mayoría de la población cubanoamericana y estadounidense, quienes aprecian las medidas adoptadas por su predecesor como el sendero más efectivo y beneficioso para ambas naciones, en pos de un convivencia respetuosa.

En un mundo signado por el uso constante de datos y estadísticas para los más diversos fines, Trump ignoró olímpicamente hechos concretos que beneficiaron a los dos países.

Con odio en la mirada fustigó el sistema político antillano, intentado establecer una fractura entre los ciudadanos y sus instituciones. El cuadragésimo quinto presidente del poderoso vecino olvidó que desde el triunfo de enero de 1959 no hay fisura entre pueblo y gobierno, porque precisamente el primero es quien hace realidad al segundo, en tanto este se compone de las aspiraciones más genuinas de los habitantes de uno a otro extremo del archipiélago.

Dicha verborrea, por tanto, sirvió apenas para hacer aflorar otra vez la bilis de quienes se quedaron detenidos en el tiempo y no aceptan que los cambios —con sentido opuesto a sus pretensiones anexionistas— marchan con dinámica propia.

Esos energúmenos —quienes quemaron banderas y pidieron que cayera el avión en que viajaba el pequeño Elián González y su padre, rabiosos ante la decisión de las autoridades de que este regresara a su tierra— saben que la aplastante mayoría de las personas, y de la opinión pública, respaldan el acercamiento entre los dos países y abogan por que se intensifiquen esos nexos, acorde a las grandes potencialidades que existen en múltiples esferas.

Trump y dicha fauna comprenden que es imposible tirar al fondo del océano lo alcanzado en más de veinte acuerdos, arreglos y memorandos de entendimiento, especialmente porque cada uno de ellos beneficia a las dos partes y no son una dádiva a Cuba, como en vano presentan determinados medios. Ello implica que los intereses de seguridad nacional de EE.UU. también se fortalecieron mediante tales instrumentos y eso es algo muy complejo de desmontar, sobre todo porque dicha percepción esta clara para muchos sectores, incluyendo ex altos oficiales y expertos en la materia.

Numerosas evidencias apuntan a que el presidente Trump retribuyó en Miami los favores de figuras como Marcos Rubio y Díaz- Balart. El primero con un papel activo dentro del Comité de Inteligencia del Senado en el examen del escándalo por el despido del ex director del FBI James Comey (a partir de la reticencia del mismo a abandonar la investigación por las supuestas relaciones de Rusia con la campaña de Trump), mientras el segundo adquirió protagonismo con su voto para

desbanca el *Obamacare*, uno de los tantos frentes donde el multimillonario neoyorquino pretende borrar cualquier vestigio del legado de su antecesor.

Solo por esta tenebrosa relación (en la que colocó como pieza de intercambio lo que se reconstruyó con una contraparte con la cual no existieron relaciones diplomáticas durante casi 55 años) el presidente haría “méritos” para ser sometido a un proceso de enjuiciamiento. Dicho desempeño es inadmisibles en un jefe de estado, el cual no puede comprometer aspiraciones de su pueblo, por el cabildeo en función de votos en el andamiaje legislativo u otros beneficios personales.

Ahora bien, resultaríamos ingenuos si creyésemos que el *performance* de Trump responde exclusivamente a su alianza táctica de las semanas recientes con los personajillos del redil miamense, o al hecho de estar mal asesorado. No es infundado percibir que se trata de algo peor, en dirección proporcional a los métodos, estilo de actuación y naturaleza misma de un hombre que se vanagloria con ser un negociador potente, que obtiene las mejores negociaciones y que se siente envalentonado con la forma en que irrumpió al escenario político.

En realidad Donald Trump, más allá de una u otra medida sobre diversas cuestiones, es una figura totalmente desfasada de este momento histórico. Se trata de alguien que pertenece al pasado y se encuentra lejos de la altura que las circunstancias exigen, en muchísimos temas y por supuesto en lo concerniente a nuestro país. La manera en que se instaló en las inmediateces del Potomac, producto de reglas vetustas que se remontan a principios del siglo XIX, se erige en sí misma valladar difícil de sobrepasar a la luz de los imaginarios contemporáneos.

¿En política, economía o *track and field* alguien puede levantar la diestra como vencedor sin superar a su oponente? Daniel Ortega, Lenín Moreno y Emmanuel Macron ganaron porque obtuvieron más votos que sus contrincantes, como los *Golden State Warriors* (por mucho que uno simpatice con ese jugador fenomenal que es Lebron James) se llevaron el anillo de campeones de la NBA, al anotar más encestes que los *Cleveland Cavaliers*. Así de simple.

En el caso específico de Cuba para Trump era más fácil pues, sin muchos esfuerzos intelectuales, podía dar continuidad a lo emprendido, cuyos resultados tangibles reciben la aprobación de Seattle a Tampa. Estaba lejos lo acordado de manera previa de rendir los frutos que se esperan (mucho más con la permanencia del bloqueo) pero se transpiraba entusiasmo —hablo con énfasis desde la óptica de las empresas estadounidenses ya que siempre se trata de presentar a Cuba como quien único se agencia dividendos positivos— con la posibilidad abierta a los vuelos directos de aerolíneas norteamericanas o el incremento de las visitas de ciudadanos de ese país, tantos hasta mayo del presente año como a lo largo del 2016. Optó, sin embargo, por la peor variante: la del bravucón que cree se le teme en el barrio.

Ese guión —repetitivo y fracasado— no conduce a ningún sendero con nuestro país, el cual posee el raro privilegio de la firmeza y la ternura. Más de una vez lo señaló el gran poeta Cintio Vitier: “Cuba creó un parlamento desde la trinchera”. Esa voluntad, la de perfeccionar la sociedad sin

realizar la más mínima concesión a la soberanía, es algo consustancial a nosotros desde que aprendimos con Martí y Fidel que sin cultura no hay libertad posible.

La capacidad de pensar y razonar —convertidas en armas fundamentales— acrecienta nuestra convicción de que ante pronunciamientos de esa calaña tenemos que cerrar filas para impedir que caiga sobre este suelo el gigante de siete leguas. Es un deber que asumimos también con Nuestra América.

Asimismo —porque un principio justo desde el fondo de una cueva puede más que un ejército— tendemos por enésima ocasión una rama de olivo para propiciar el diálogo y el entendimiento, con la sola condición de actuar en calidad de iguales. Esa vía (a la que apostamos desde el viaje de Fidel a Estado Unidos, entre el 15 y el 27 de abril de 1959, el cual constituyó su segunda salida al exterior luego de la entrada triunfal a La Habana) fue la clave para los éxitos desde las postrimerías del 2014.

El presidente Trump tiene la oportunidad de retomar ese camino y no edificar una torre (la especialidad de la casa en términos constructivos) que retrotraiga el espectro a las épocas funestas en que su país renunció a la mesa de conversaciones. El balón está en sus manos. Veremos si anota una canasta de tres puntos (una buena metáfora si quiere “superar” a Barack Obama, amante y excelente jugador de básquetbol) o si el reloj sobre el tabloncillo decreta que consumió su tiempo y en vez de ir en busca del aro, solo se dedicó a “atrasar” la bola algo que, por cierto, está penalizado en cualquier ámbito.

****Profesor Auxiliar del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU) de la Universidad de La Habana.***

(Tomado del sitio web de Trabajadores)

[Ir arriba](#)



Trump: manotazo de ahogado en el Caribe **Atilio Borón**

A Donald Trump lo acechan tiempos difíciles. Sus bravatas de campaña siguen en el plano de la retórica y no se traducen en hechos. Lo esencial de su promesa: el retorno de los empleos que emigraron a China y otros países de bajos salarios ha caído en oídos sordos de los CEOs de las grandes transnacionales estadounidenses que pagan en aquellos países la décima parte del salario que deberían oblar en Estados Unidos para obreros que, además, trabajan más de ocho horas diarias y están expuestos a muchos más accidentes de trabajo¹. El muro que dividiría la frontera entre México y Estados Unidos tiene remotas posibilidades de concreción, y no sólo por su

fenomenal costo cinco o seis veces superior al que anunciara Trump en su campaña. Aparte, fue condenado públicamente por el Papa Francisco y Angela Merkel en su reciente visita a México. El escándalo del “rusiagate”, aunque sea una farsa montada por sus enemigos dentro de Estados Unidos se yergue como una letal amenaza a su permanencia en la Casa Blanca. En el Congreso suenan tambores de guerra reclamando un juicio político al nuevo presidente. Tampoco lo ayudan los oscuros negocios de su yerno y la clara incompatibilidad de intereses entre su emporio empresarial y su función como presidente.

La ruta de escape ante tantas tribulaciones internas ha sido la usual en estos casos: un gesto de reafirmación de su autoridad en la escena mundial, para demostrar que el gigante todavía está allí y que en cualquier momento puede pegar un zarpazo brutal. Un bombardeo sin sentido –y con sorprendente mala puntería- a un aeropuerto en Siria como para decir “aquí estamos” en un escenario cada vez más dominado por la presencia de Rusia e Irán o arrojar sin ton ni son la “madre de todas las bombas” en una zona remota y despoblada de Afganistán. Por último, un amenazante desplazamiento de la Flota del Pacífico hacia las proximidades de Corea del Norte en represalia por sus experimentos misilísticos, movida que quedó sólo en eso Japón ni bien Tokio y Seúl advirtieron al bocón de Washington que la capacidad retaliatoria de Pyongyang podría provocar enormes daños en varias ciudades de Japón y Corea del Sur.

Y ahora Cuba, esa vieja y enfermiza obsesión que frustró a once presidentes norteamericanos y que ahora está a punto de cobrarse una nueva víctima en la persona del magnate neoyorquino. Con su nueva política, atizada por la mafia no sólo anticastrista sino sobre todo antipatriótica de Miami, esa que no tiene reparo alguno en provocar sufrimientos a su pueblo con tal de promover su ilusoria agenda contrarrevolucionaria, Trump comienza a desandar el camino iniciado por Barack Obama. Lo hace, hasta ahora, de manera parcial: las embajadas quedan abiertas, muchas operaciones comerciales seguirán su curso y los cubano-americanos continuarán visitando la isla. Pero esta estúpida regresión a los tiempos de la Guerra Fría, a un pasado que ya no volverá, ocasionará nuevas complicaciones para el ocupante de la Casa Blanca. Por una parte, porque reavivará las llamas de la tradición antiimperialista de Martí y Fidel, profundamente arraigada en el pueblo cubano que cualesquiera sean sus opiniones sobre la Revolución rechaza visceralmente las ambiciones coloniales de su vecino. Por otra parte, al reinstalar trabas a las relaciones económicas entre las empresas norteamericanas y Cuba Trump abrirá un nuevo frente de conflicto al interior de Estados Unidos. Y esto es así porque son muchos los empresarios –en la agricultura, comercio, hotelería, aviación, informática, etcétera- que consideran a los trogloditas de Miami una rémora impresentable e irrepresentativa de la gran mayoría del exilio económico cubano cuyas absurdas pretensiones les cierran una atractiva fuente de negocios y favorecen a sus competidores de otros países. Habrá que ver lo que pueda ocurrir con la nueva política de Trump cuando estos poderosos actores locales de la política norteamericana presionen sobre la Casa Blanca para defender sus intereses. O cuando el estadounidense común y corriente se dé cuenta de que de ahora en más

podrá seguir viajando sin restricciones a Corea del Norte, Sudán, Siria e Irán, países incluidos como “estados fallidos” por el Departamento de Estado, pero no a Cuba. Lo más probable será que se fastidie y que piense que tenían razón los 35 profesionales de la Asociación Psiquiátrica Americana cuando dieron a conocer una carta abierta en el New York Times asegurando que el nuevo presidente “muestra indicios de una severa enfermedad mental.”²

¹Cf. http://www.huffingtonpost.com/2012/03/08/average-cost-factory-worker_n_1327413.html

² <http://www.excelsior.com.mx/global/2017/02/16/1146714>

[Ir arriba](#)



Venezuela, aparta de mí este cáliz

Enrique Ubieta Gómez

“¡Defiéndannos, ustedes que saben escribir!”, le pedía una anciana a Carpentier y a los intelectuales que lo acompañaban, en julio de 1937, a su paso por un pequeño pueblo castellano, muy cerca de la asediada capital española. El escritor cubano recogería la anécdota en las crónicas sobre el II Congreso Internacional en Defensa de la Cultura que publicaría en la revista *Carteles* [1]. La exigencia tenía un fundamento: el pueblo español nos defendía a todos con las armas en las manos.

No hay cultura sin hombres y mujeres concretos. Bertolt Brecht lo había dicho durante el I Congreso, celebrado dos años antes en París: “Compadezcámonos de la cultura, ¡pero compadezcámonos primero de los hombres! La cultura estará salvada si los hombres se salvan”. Aquel primer encuentro atisbaba el peligro: el nazifascismo amenazaba con desbordarse, mientras las burguesías “democráticas” de Europa apostaban a que el golpe fuese en dirección a la entonces joven Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Ser de izquierdas, para los intelectuales del 30 —como en los 60 o en la primera década del siglo XXI, tras la esperanza de la revolución bolivariana—, era una toma de partido por la cultura, por los seres humanos, que se aferraba a proyectos concretos. Pero en el París de 1935 todavía un segmento de la izquierda intelectual divagaba en reclamos abstractos y oponía o al menos incomunicaba, la libertad de los seres humanos y la de los creadores.

Contaba André Malraux, el gran novelista que había alcanzado los grados de teniente coronel en la Aviación republicana —según la narración de Carpentier— que vio a un señor caminar indiferente con un gran rollo de papel bajo el brazo, mientras caían las bombas en Madrid, y quiso saber qué tramaba, pero este le precisó: “Es papel encolado para cambiar el que tapiza mi habitación”;

entonces, apoyándose en esa metáfora, sentenciaba: en tiempos decisivos para la Humanidad, “hay demasiados intelectuales que solo piensan en cambiar los papeles que tapizan sus habitaciones”. Pero la izquierda tenía sus propias divisiones: comunistas, socialdemócratas (aunque reformistas, aún reivindicaban el marxismo como base teórica de sus análisis), estalinistas, trotskistas, anarquistas, librepensadores, surrealistas.

Todavía en 1936 tendría lugar una fallida conferencia intermedia en Londres, más centrada en intereses gremiales, que tuvo un colofón de opereta: la recepción de frac en la residencia de su organizadora. Pocas semanas después desaparecerían las excusas para el despiste: la sublevación del general Franco contra la república española y la apertura en Alemania del campo de concentración de Sachsenhausen, situaban el conflicto moral en un punto crítico [2].

Un poeta inglés del siglo XVII, John Donne, había expuesto las razones más profundas: Ningún hombre es una isla entera por sí mismo.

Cada hombre es una pieza del continente, una parte del todo.

Si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia.

Ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti.

Ernest Hemingway retomaría la idea para defender la causa republicana en la novela que recoge sus vivencias de la llamada guerra civil española. Las alternativas en España eran, sin embargo, más radicales: de un lado el fascismo, es decir, la violencia capitalista más extrema; del otro, el socialismo, la República de trabajadores, con sus contradicciones y gemidos de recién nacida. En España no se luchaba por la sobrevivencia, como se lucharía en lo adelante; allí se luchaba por la vida, porque existía un proyecto alternativo en construcción. Por eso fueron hombres y mujeres de todos los confines a defenderlo. Por eso también, César Vallejo, uno de los grandes poetas hispanoamericanos que participó en el Congreso de 1937 —estuvieron también, entre otros, Nicolás Guillén, Pablo Neruda y Octavio Paz, sí, el mismo Paz que luego repudiaría toda causa popular— le habla simbólicamente a los niños, al futuro, en un extraordinario poema titulado “España, aparta de mí este cáliz”:

Niños,
hijos de los guerreros, entretanto,
bajad la voz, que España está ahora mismo repartiendo
la energía entre el reino animal,
las florecillas, los cometas y los hombres.

(...)

¡Bajad el aliento, y si
el antebrazo baja,
si las férulas suenan, si es de noche,

si el cielo cabe en dos limbos terrestres,
si hay ruido en el sonido de las puertas,
si tardo,
si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta; si la madre
España cae —digo, es un decir—
salid, niños del mundo; id a buscarla!...

Apenas habían transcurrido algo más de tres décadas de culminada la larga y sangrienta contienda por la independencia del yugo español —después de siglos de coloniaje—, pero eso no importó: cerca de mil cubanos acudieron a defender a España, a la Humanidad, como soldados de la República. Algunos, como Pablo de la Torriente Brau, cayeron en combate.

El fascismo cobró millones de vidas —deshumanizó a los victimarios hasta límites insospechados— y entró física y moralmente al interior de cada hogar. Era imposible ignorarlo, incluso para una burguesía bien pensante, que aceptaba como un “mal inevitable” la pobreza y la muerte ajenas, siempre que no irrumpieran en su entorno aséptico. Cuando la guerra terminó, se establecieron otras alianzas “más civilizadas”, menos públicas —como la Operación Gladio en Europa, o la Operación Cóndor en América Latina, o la Operación Mangosta y los ataques biológicos en Cuba—, ejecutadas por sicarios a los que no había que conocer, con los que no era preciso almorzar o sonreír en público, a los que se pagaba en secreto.

Es decir, la violencia capitalista adoptó otras formas: en la década siguiente a la supuesta victoria, fueron asesinados decenas de dirigentes comunistas y antifascistas en Europa. La “guerra fría” trasladó la violencia de Estado, el fascismo, una enfermedad indeseable en el bárbaro mundo civilizado —como la malaria, o el cólera, casi olvidadas allí, pero activas en el Sur, donde cobran cada año cientos de miles de vidas—, hacia el orbe colonial y neocolonial: África, Asia, América Latina. ¿O acaso no fueron, no son expresiones de extrema violencia imperialista, las guerras coloniales en África, las armas químicas, las bombas de napalm lanzadas sobre Vietnam, las dictaduras militares en América Latina con sus desaparecidos, las guerras de misiles y drones “inteligentes” en el Medio Oriente, la “de baja intensidad” en Venezuela?

Sin embargo, algunos que saben escribir prefieren conservar honores y premios, ediciones y aplausos. También ocurre, a veces, que solo repiten lo que leen de otros, intoxicados de prejuicios y faltos de sol en la piel. La conjura mediática en los países “democráticos” —todavía sin el alcance y la sofisticación que alcanza hoy, pero decididamente opuesta a cualquier experiencia anticolonial y socialista— nos vendía una España republicana inexistente. Como suele decirse, y nos recuerda Venezuela, la primera víctima de la guerra es la verdad. Alejo Carpentier intenta revelárnosla, al describir su paso por la ciudad española de Gerona:

Nos llevan a la Catedral. (...) Un edificio lateral, transformado en museo público, guarda las pinturas y piezas de orfebrería del tesoro ritual. (...) Un restaurador trabaja minuciosamente, con

sus oros y barnices, entregado a la tarea de hacer revivir una cabeza de virgen descolorida por el tiempo... ¿Dónde hay huellas aquí, de ese *vandalismo* de masas enloquecidas de que tanto hablan los periódicos de derecha del mundo entero? [3]

En otra de sus crónicas, esta vez sobre Valencia, escribe:

Hasta ahora hemos encontrado el orden y la paz en todas partes. Nunca hemos visto escenas parecidas a las que llenaban aún, en otros países innumerables rotograbados sensacionalistas.

(...)

Y me parece importante insistir sobre este particular, porque es increíble hasta qué punto ciertos relatos pueden llegar a extraviar el juicio de hombres que no son perfectamente tontos. En un artículo reciente, Paul Claudel, nada menos, afirmaba intrépidamente —sin haber estado en España— que *todas las iglesias, sin excepción*, habían sido incendiadas en el territorio republicano... Si yo fuese miembro del Gobierno de Valencia, invitaría al señor Claudel a darse un paseo por estas regiones. Se convencería de que el único crimen cometido con ciertas iglesias — ¡bien pocas!— ha consistido en transformarlas en hospitales de sangre o en museos públicos... [4]

Siempre hubo y habrá intelectuales dignos, que no negocian su compromiso con la Humanidad.

Los hubo cuando España los necesitó, los hay ahora que Venezuela los necesita.

Cómo no pensar en Venezuela, 80 años después de aquel Congreso efectuado, sucesivamente, en Valencia, Madrid, Barcelona y París, en julio de 1937, bajo los estruendos de las bombas, en una España que se tragaba a su otra mitad, y con ella, toda esperanza, preámbulo de la Segunda Guerra Mundial. El cubano Alejo Carpentier, que había vivido aquellos intensos días de guerra y solidaridad, por un capricho de la historia, se establecería a partir de 1945 y hasta 1959, en Venezuela. Allí encontraría, en la selva amazónica, en el tempestuoso Orinoco, en sus pueblos y ciudades, como sucedió con José Martí, el corazón de Nuestra América.

En las primeras décadas del siglo XIX, el Libertador Simón Bolívar había conducido un ejército de libertadores, para fundar o ayudar a fundar repúblicas independientes. Soñó con un solo y gran país, del Río Bravo a la Patagonia. Dos siglos después, en las primeras décadas del XXI, Venezuela encabezaría, una vez más, la cruzada libertadora. Allí Primera, cantor popular, le daría otro sentido al redoble de campanas, en los años más difíciles previos al triunfo de Hugo Chávez:

Los que mueren por la vida

No pueden llamarse muertos

Y a partir de este momento

Es prohibido llorarlos

Que se callen los redobles

En todos los campanarios.

Hoy, como en la España republicana, en Venezuela se defiende la vida, es decir, un proyecto antineocolonial y antimperialista. Como en España, el triunfo o el fracaso del Poder Popular democráticamente elegido, tendrá consecuencias telúricas impredecibles para todos los

latinoamericanos, para la Humanidad. Nuestra España hoy —la frontera y también la trinchera que delimita el Pasado y el Futuro— es Venezuela.

Como en aquellos años previos a la Segunda Guerra Mundial, hay gobiernos corruptos que —instruidos desde Washington— estimulan, en nombre de la Democracia, la creación de grupos fascistas, con la irresponsable esperanza de que estos reviertan el proceso revolucionario. Desde cómodas atalayas, algunos sabios (como en España) dictan recetas, critican a los que toman las decisiones, están más a la izquierda en sus teorizaciones, que la propia Revolución; tanto, que marchan codo a codo con la derecha. La izquierda sigue dividida: los que piensan que sí, los que creen que no, los heterodoxos, los ortodoxos, los divinos, los terrestres...

Las imágenes que se difunden muestran a un país en guerra civil, pero los disturbios, las llamadas guarimbas —capaces de generar crímenes de odio, como el asesinato de jóvenes chavistas—, en sus momentos más álgidos, ocurrían en 17 municipios de los 335 que tiene el país (en el instante en que escribo estas líneas, solo ocurren en siete de esos municipios, y tres de ellos son los barrios de la burguesía capitalina, porque en Caracas existe un Este y un Oeste, que son como el Norte y el Sur).

Como en los tiempos de la España insurgente, las convocatorias a intelectuales y artistas se hacen en nombre de la Cultura y de la Humanidad. Pero no es suficiente con que declaremos nuestra pertenencia a “la izquierda” y asistamos de frac interior a eventos gremiales. Hay que escribir para defender al pueblo venezolano, hay que denunciar la conjura, como pedía, como nos pedía, aquella anciana española, porque el pueblo venezolano nos defiende a nosotros hoy, todos los días. Si fuese necesario, habrá que jugarse la vida junto a ese pueblo. Si un día, esperemos que no, se produce una invasión imperialista o mercenaria —que el escenario de violencia provocada y de mentiras repetidas prepara—, tendrán que reinventarse las Brigadas internacionales. Entonces, pido estar allí.

Si la madre

Venezuela cae —digo, es un decir—

salid, niños del mundo; id a buscarla!...

Notas:

1. Alejo Carpentier: “España bajo las bombas, I, II, III y IV” (revista *Carteles*, septiembre – octubre de 1937), en *Crónicas*, tomo II, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1976, pp. 205 – 244;
2. Eliades Acosta Matos: *Siglo XX: intelectuales militantes*, La Habana, Casa Editora Abril, 2007, p. 153;
3. Alejo Carpentier: Ob. cit., p. 210;
4. —————: Idem, p. 226 – 227.

(Tomado de La Jiribilla)

[Ir arriba](#)



Publicación digital de la Comisión de Cultura y Medios de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en colaboración con la Asociación Hermanos Saíz y el Ministerio de Cultura.

Consejo Editorial: Elier Ramírez Cañedo, Magda Resik, Luis Morlote, Rolando Pérez Betancourt, Paquita Armas Fonseca.

Estos textos pueden ser reproducidas libremente (siempre que sea con fines no comerciales) y se cite la fuente.

Nuestro correo electrónico: revistasedicecubano@gmail.com

[Ir arriba](#)